

Los veinte años de Iparraguirre en la República del Uruguay*

(Twenty years of Iparraguirre in the Republic of Uruguay)

Fernández Saldaña, J.M.

[BIBLID 1136-6593\(1998\)1127-24](#)

Fernández Saldaña rememora el periodo americano de José María de Iparraguirre (1858-1877). Desembarcado en Buenos Aires, casó al año siguiente con Angela Querejeta y marchó al Uruguay donde sirvió como pastor y luego regentó un café. Estas experiencias resultaron desastrosas desde el punto de vista económico. Iparraguirre —que nunca dejó de cantar en euskera— tuvo seis hijas y dos hijos. Pero la nostalgia de su tierra natal le venció, y gracias a una suscripción abierta por los vascos de América pudo retornar al País Vasco para vivir aquí los últimos cuatro años de su vida.

Jose Maria Iparragirrereren (1858-1877) Uruguaiako egonaldia oroitarazten digu Fernández Saldañak. Buenos Airesen lurreraturik, urtebete geroago Angela Querejetarekin ezkondu eta Uruguaira joan zen, non artzain gisa aritu zen lehenik eta ondoren kafetegi bat izan zuen. Ekonomiaren ikuspegitik, esperientzia horiek oso txarrak izan ziren. Iparragirrek —euskaraz kantatzeari inoiz utzi ez zionak— sei alaba eta bi seme izan zituen. Sorterriaren oroiminak menderaturik, Amerikako euskaldunen artean irekiriko harpidetza baten bidez itzuli ahal izan zen Euskal Herrira, eta bertan eman zituen bizitzaren azke lau urteak.

Fernández Saldaña évoque la période américaine de José María de Iparraguirre (1858-1877). Il débarqua à Buenos-Aires, se maria l'année suivante avec Angela Querejeta et mena en Uruguay une vie de pasteur, puis de tenancier d'un café. Ces expériences furent catastrophiques sur le plan économique. Iparraguirre —qui continuait sans cesse à chanter en euskara— eut six filles et deux garçons. Mais la nostalgie du pays natal fut la plus forte et grâce à une souscription des Basques d'Amérique, José María de Iparraguirre put revenir au Pays Basque passer les quatre dernières années de sa vie.

* Archives Manuel de Ynchausti. Ustaritz.

Cuando en 1936 publiqué en La Prensa de Buenos Aires mis “Noticias” sobre los años de Iparraguirre en el Uruguay, decía en el primer párrafo: “Concedido que el capítulo rioplatense de la vida del magnífico cantor vasco no sea un capítulo en blanco, habrá que convenir, siempre, que estamos ante un capítulo en esbozo”.

Ahora deseo rectificar mis asertos, afirmando que he llegado a convencerme que el capítulo estaba virtualmente en blanco antes de que yo aportara los datos que contiene aquella sumaria monografía. Ese capítulo comprensivo de la tercera parte de una existencia prolongada sesenta y un años, no estaba ni siquiera bocetado. Del itinerario de la vida del cantor, puesto a renglón seguido, podrá deducirse mejor la extensión de aquella laguna.

Nacimiento en Villarreal de Urrechua, 12 de agosto de 1820. Escolar. Voluntario carlista, varias veces herido. Emigra al terminar la guerra, 1840. Peregrinó por Francia, Suiza, Tirol, Italia. Éxitos de canto en París. «Su Marsellesa» arrebatada al público en 1848. Se le expulsa por la policía bonapartista. En Londres. Regresa a España indultado, 1852. Primeras canciones vascas. En Madrid, su himno *Guernikako Arbola* le gana notoriedad repentina. A sus acentos se conmueven las provincias vascongadas. Alejado del País Vasco por imputación de separatista, 1854. Recorre Asturias, Galicia y Portugal. Permiso para volver a Vizcaya. Decide emigrar, 1856.

Aproa al Río de la Plata y desembarca en Buenos Aires en 1859. Se casa en ese mismo año, pasando luego a la República Oriental del Uruguay, donde reside en el departamento de Soriano y la ciudad de Montevideo hasta 1877.

Retornó de América, 1878, desembarcando en Burdeos. Recibimiento entusiasta y consagración patriótico-artística. Las Diputaciones vascas le votan un subsidio vitalicio. Retirado en la villa de Gaviria, cerca de su pueblo natal, fallece el 6 de abril de 1881.

Un periodo de casi veinte años de un total de sesenta y uno, entiendo que era demasiado largo para abandonarlo como sabido, dando por suficientes varias simples noticias desligadas cuando existiese la probabilidad de conseguir otras muchas, nutridas de interés y de curiosos detalles.

Desde luego el autor de los acentos —letra y música— del *Guernikako Arbola*, armoniosos y solemnes acentos de un himno patriótico original y férvido, a la vez loa y oración al árbol simbólico de los fueros vascongados que se alza secular en la villa vizcaína de Guernica, no era hombre de llevar anotaciones de su residencia americana. Si no las llevó mientras, especie de cristiano errante, hizo años y años, a pie y sin cuitas, con los únicos tesoros de su esperanza y de su voz, y sin más compañía que su guitarra, los caminos de media Europa, cambiando cada día de horizontes y de vida, menos los iba a llevar cuando, entrado ya en edad, la existencia trocada de pronto en sedentaria y pareja convirtiéndose en una sucesión de idénticos desesperanzados días, ante un permanente paisaje.

Escasos y pobres parecen haber sido los documentos al alcance de los biógrafos peninsulares de Iparraguirre, pero la cuestión no era ésta; y lo que correspondía era procurarlos y encontrarlos donde estuvieran... El más difundido, cuando menos, de aquellos biógrafos, José M^a Salaverría en su último *El último Bardo* (Bilbao, 1932), confirma esta impresión. En sus capítulos “El aprendiz de indiano” y “La vuelta del hijo pródigo”, VII y VIII, atañentes a la etapa americana del personaje sólo dos papeles originales y de primera mano son los que se utilizan.

El primero es la carta al Excelentísimo señor general D. Francisco Lersundi, carta sin fecha cierta pues sólo se dice —referida a 1859— que el destinatario guipuzcoano la recibió “unos años más tarde”. El segundo es una carta dirigida “a los queridos e inolvidables paisanos” Becerro de Bengoa, Manteli, Arrese y Herrán, que data en la Costa del Arroyo Dacá (cerca de Mercedes) *República del Uruguay* a 4 de M... de 1877. El subrayado aclaratorio es mío y la sola letra M (destruido parte del original, según presumo) debe corresponder al mes de Mayo. Sucede luego que tan escasos elementos de información han sido leídos o interpretados sin exactitud, sea por su mala caligrafía, por falta de penetración de un americanismo o por desconocimiento de la información geográfica de estos países nuestros.

Ejemplo de ello sería el párrafo de la carta del Dacá donde Iparraguirre dice que posee “muy cortísima fortuna, recolectada en Buenos Aires y en el Paraguay”. Es indudable que por error se leyó Paraguay por Uruguay, desde que no existe el más leve indicio de que nuestro hombre haya vivido —ni ido— ni comerciado o trabajado jamás en aquella república mediterránea.

Se habla también en el citado párrafo de que “he tenido buenas *habitaciones* (mío el subrayado) que para nada me han servido porque no tenemos un año bueno”. La palabra “habitaciones” carece de sentido empleada como está. El texto original debía decir “habilitaciones”, lo que es muy distinta cosa y corresponde al pensamiento que lo informaba. Sabemos que el alegre cantor fue ayudado financieramente por diversos buenos amigos y en distintas ocasiones, toda vez que lo necesitó en los apuros que le acarrearón su poca inclinación al trabajo y el escaso interés que le merecían “las cosas de este mundo”. Prueba manifiesta de lo que digo es el empleo de la palabra cuestionada, en su cabal sentido, hecho por el vasco cuando confidenciándose con Lersundi le dice: “nunca he sentido tanto amor a mi patria como ahora en que me hallo lejos de ella y vivo hace años en el campo, *habilitado* con un rebaño de mil ovejas”. Los errores, hijos de la mala letra, se confirman ante la duda que la misma epístola, un poco más adelante, se ofrece a Salaverría:

“Mi vida es a caballo de día, en estos inmensos y despo- blados campos, y de noche, como si fuera tiempo de guerra, con un par de pistolas a la cabecera de mi cama, siendo de advertir que mi mujer también está dispuesta a hacer fuego en caso necesario, pues las mujeres peligran más que los hombres, pues hay en estos países hombres que a los unos llaman mativos y a otros matrosos...”.

El biógrafo tras la palabra que parece leerse *mativos*, palabra no tiene significado español, pone entre paréntesis (¿malevos?) que es la probable.

Y estos servicios, buenas voluntades o como se quiera nombrar, aquí las conocemos por *habilitaciones*, con significado muy distinto al que pueda tener nunca la palabra *habilitaciones* del texto que glosó.

En otro lugar, cuando se ubica al bardo “en Costa del Arroyo, sobre Río de la Plata”, se incurre en manifiesto desconocimiento de la geografía local. Decir “Costa del Arroyo” importa como no citar paraje ninguno. Arroyo es palabra genérica. En el río de la Plata, ni en ningún otro río, desemboca arroyo alguno que se llame Arroyo —lo que por lo demás equivaldría a tanto como decir mar mar o montaña montaña.

En cuanto al curso de agua que pudiera aludir Iparraguirre en su carta, de fecha incierta, no cabrá hacer

conjeturas pues pudo fincar en varias localidades del departamento de Soriano.

Retomando ahora, después de estas salvedades y digresiones, el hilo de la vida de hombre, vamos a buscarlo, desembarcado recién en Buenos Aires junto con una compañera de la larga travesía atlántica, paisana vasca que se llamaba María Ángela Querejeta.

La circunstancia de tener parientes en el Río de la Plata, explica, sin más, el rumbo elegido por el cantor que abandonaba su tierra. En Buenos Aires residía un tío suyo, maestro de escuela; en el Uruguay un pariente cercano —primo hermano— Domingo de Ordoñana, que era estanciero y médico —cuando menos de título, aunque por esa época no pasara todavía de practicante—. Quiso la suerte que apenas arribado a la capital argentina, diera el emigrante con un antiguo compañero de la campaña carlista, capitán que había sido de su compañía, conocido de todos por el apodo de *Pachicu* y de nombre José Francisco Mendía. Grande fue el contento de ambos al volverse a encontrar tan lejos y en tan distintas condiciones de vida. Iparraguirre lo hizo partícipe del propósito concebido de casarse con su compañera de viaje; el idilio, principiado en el mar, había cristalizado en tierra firme.

La novia, era una moza bastante más joven que el galán, guipuzcoana de bello porte, blanca, de rostro delgado y nariz aguileña, con típicas facciones de raza. Ofreciose Mendía a ser padrino de la boda, que celebrase en la iglesia de Santo Domingo, el 26 de febrero de 1859. De la partida asentada en el libro de matrimonios nº 3, hoja 7, tomé de mis propias manos los datos más interesantes. Declaró Iparraguirre tener 31 años, hijo de José Agustín Iparraguirre, fallecido, y de Francisca Valerdy, de 70 años. La novia dijo tener 23 años, hija de Bartolomé Querejeta, de 50, y de Manuela Aizpurúa, de 49. Ambos dieron por domicilio la casa de la calle Belgrano 144, habitación de los padrinos J.F. Mendía y de su esposa María Villar. Certificó el cura actuante, Apolinario del Carmen Heredia que los contrayentes fueron velados.

Después de esta noticia, nada más sabemos de Iparraguirre en Buenos Aires, como no sea que vivió con su mujer dos o tres meses en la casa de sus padrinos. A esta altura recibió un llamado de Ordoñana y a objeto de conversar con él, embarcó para Nueva Palmira, población uruguaya la más próxima al Arenal Grande, paraje donde su primo tenía una extensa y bien poblada estancia. Doña Ángela, entre tanto las cosas tomaban rumbo definitivo, pasó a alojarse en casa del tío de su marido.

Dispuesto a traerlo a su lado propuso el estanciero al cantor habilitarlo con una majada de ovejas que se encargaría de cuidar bajo ciertas condiciones, pero cuando entraron a los detalles del trato hubo ciertas dificultades que dieron al traste con todo lo hablado. Iparraguirre, a quien las tierras uruguayas le habían agradado desde el primer momento porque —y así lo diré luego— pintorescas y llenas de lomas, le recordaban un poco su tierra de montañas que le gustaba tanto, se internó en el departamento de Soriano, uno de los más bellos y amables de nuestra patria, alcanzando hasta visitar las cercanas villas de Dolores y Mercedes, siempre en busca de horizontes.

Simpático por naturaleza —favorecido por ese don atractivo que equivale a un talismán— pronto se hizo relaciones y amigos. Tres, de entre éstos, un médico argentino, el Dr. Mateo Durañona, un boticario navarro, Miguel Zubeldia, y el comerciante mejicano Santiago Arizabal, convinieron en facilitarle medios para dedicarse a labores de crianza y pastoreo

de ganados. Para lo cual el bardo debía ir enseguida en procura de su esposa. Arribados a esta promisorosa solución, Ordoñana volviendo sobre sus pasos, insistió en llamarlo a la estancia de Buena Vista, donde pudo persuadir al pariente de las ventajas de establecerse al lado suyo, eligiendo para ello, dentro de sus vastas extensiones de campo, la estancia llamada de Casa Blanca, donde ya tenía abierta una pulpería.

Cerrado el trato, fue por Angelita y pronto volvió con ella. Termina aquí el capítulo —cortísimo si bien se mira— de la vida de Iparraguirre en la República Argentina. Es entonces nada más que literatura aquello que nos dice un biógrafo: “se sumergió en el cosmopolitismo de Buenos Aires, esa especie de mercado de contratación al que acuden los ilusionados del mundo a arriesgar la jugada de la fortuna”. Literatura no más, la evocación de la Pampa —que Iparraguirre ni de lejos conoció— “océano de yerba donde el individuo queda como aniquilado en el fondo de la inmensidad...”.

Pobló el aprendiz de estanciero en el fondo del campo de su primo, levantando los ranchos que eran entonces y siguen siendo todavía las típicas viviendas rústicas de las campañas rioplatenses. Habitaciones bajas, con paredes de barro crudo, techadas de cierta paja especial llamada brava que crece a la orilla de los arroyos. Pisos de tierra endurecida, aberturas pequeñas, sin vidrios en las ventanas. Una pieza independiente, que sirve de cocina, un poco alejada previendo el incendio de los techos pajizos, pasto fácil de las llamas una vez bien secos. Por lo general se elige para poblar cerca de algún arroyo, pero en un sitio alto donde se cuente con el abrigo de algunos ombúes, especie vegetal, que pese a estar clasificada científicamente de arbusto, por ser inamaderable, sus ejemplares casi siempre solitarios adquieren las proporciones de verdaderos árboles. Bautizó Iparraguirre a su “puesto” con el nombre de Puesto del Trovador, nombre que se conservó mucho después que el dueño lo hubiera abandonado, y allí tuvieron principio las nuevas actividades de una vida a la cual no debía adaptarse nunca. No eran temperamentos hechos para congeniar el hacendado de Bella Vista y el puestero.

Sin apego a tarea alguna, como él mismo se encargó de probarlo, “trovador” nada más, conforme al nombre elegido para sus ranchos, poco tenía en común con un Ordoñana que era apostol del trabajo, del orden y de la economía, que dejando de lado sus actividades de medicina, predicaba con el ejemplo las excelencias del arado, la dedicación constante a los ganados y la tarea de plantar árboles, y la vigilancia asidua de los menores detalles en las faenas. Así, la sociedad se deshizo antes de terminar el plazo prefijado y nuestro hombre abandonó “El Trovador” en abril de 1861, trasladándose a Montevideo “con una mano atrás y otra adelante”, para valerme de la misma frase de Dña. Ángela, que para entonces había dado a luz un varón primogénito, nacido el 13 de febrero y bautizado con los nombres de Benigno Simón en la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios de Nueva Palmira.

Una vez en la capital uruguaya, en busca del medio de vida, halló un tendero compatriota, Martín Díaz, que le facilitará dinero para establecerse con un café. He hallado en el libro “Policía de Montevideo. Licencias para abrir casas de negocio. 1860-66” (número 1.034, Archivo General de la Nación) el permiso que literalmente dice: “14 de agosto de 1861. José M. Iparraguirre. 18 de julio nº 288. Café”. El local del comercio bautizado *Café Guernikako Arbola*, y que tenía de muestra exterior el Árbol de los Fueros, venía a estar en la Plaza Cagancha, con frente mirando al Este a lo largo de la rincónada noroeste, pues en ese tiempo la numeración de 18 de

julio corría a uno y otro lado de la plaza, por una y otra acera.

Isidoro de María en el diario que redactaba le dio al flamante cafetero y su casa un suelto "de bombo". Probablemente eran conocidos de Mercedes, donde el periodista residía por temporadas. El café se hizo pronto de bastante clientela, pero ésta abusando de la tolerancia del patrón no era muy exacta en el pago de las consumiciones. "Muchos cantos vascos, recordaba ya vieja Dña Ángela, mucha guitarra, mucha... pero en el cajón poca plata". Fundiose el café, como tenía que fundirse, pero cuando el probado amigo mejicano Arizabalo supo que el cantor andaba nuevamente en apuros, mandó por él, para habilitarlo con un segundo puesto de estancia en el Rincón de San Ginés, en Soriano, sobre la base de mil ovejas a la cuarta parte de los beneficios.

De nuevo en el campo: pero tampoco campero y tan desidioso como antes. Cuando la nueva hora de ruina sonó, la situación habíase agravado por la mala salud del puestero y la carga que representaba el aumento de la familia. Asistido por el doctor Durañona que lo hospedó en su propia casa en Mercedes hasta que se compuso, no se detuvo aquí el noble médico sino que luego de repuesto el bardo, lo instaló en una hacienda de Las Maulas, con una nueva majada para trabajar. Llevaron estas ovejas idéntico destino de las anteriores, llenas de abrojos y robadas por los vecinos, pese a que el pastor haya escrito de sus actividades rurales "a caballo en los inmensos y desolados campos" de Soriano.

Si algún momento los negocios pintaron un poco mejor, o si el desastre final se retardó algo, ello debióse a la fuerte voluntad de la esposa, haciéndose lugar en medio de las tareas domésticas para lanzar una ojeada de vigilancia u ordenar alguna faena. Pero Iparraguirre le interrumpía con demasiada frecuencia, diciéndole: "Ven Angelita, vamos a cantar".

Establecido últimamente al amparo de un vascofrancés, Udabe, en el campo de Los Cancheros, costa del Arroyo Dacá, en las proximidades de la ciudad de Mercedes, viviendo en el puesto de Udabe lo halló en 1877 su compatriota Julián Becerro de Bengoa, inspector de escuelas del departamento de Soriano. Aquel día tuvo principio la campaña propiciando el regreso a la tierra nativa del hijo que se tenía por perdido y que él mismo aceptó con entusiasmo. Los paisanos y los amigos se encargaron de financiar el viaje y a fines del mismo año 77, Iparraguirre desembarcaba en Burdeos. No volvería al Uruguay y hasta es creíble que lo dio al olvido. La señora y los ocho hijos —seis mujeres y dos varones, el mayor de 16 años y el menor de un mes— quedaron en Mercedes, y las noticias del bardo fueron cada vez más escasas. Toda su prole creció y vivió en el Uruguay, exceptuadas dos hijas que, tomando estado, pasaron a radicarse en la Argentina.

Viuda por fallecimiento del esposo, fallecido tras rápida dolencia el 6 de abril de 1881, doña Ángela contrajo nuevo enlace con su antiguo vecino y paisano Domingo Elutchanz, viniendo a morir en la ciudad de Mercedes el 20 de julio de 1921.

Entres estas diversas fechas estoy en condiciones de traer a noticia múltiples detalles y circunstancias relativas a la vida bajo nuestro sol, de este viejo y extraño cantor, a quien he seguido con cariño años enteros a través de quienes lo conocieron —de los cuales ya no resta ninguno—, a través de las mismas tierras donde peregrinó, al margen de la realidad dura y con destino esquivo.

Pero si estas cosas no caben en mis cuartillas de hoy, tengan por cierto los amigos de ultratumba de Iparraguirre, que veinte años hasta ahora ignorados de su existencia están a salvo y no han de perderse en silencio.

Montevideo, agosto de 1948